

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ACTO DE PRESENTACION DEL
LIBRO "ECONOMIA POLITICA DE LA TRANSICION", EN EL
MUSEO HISTORICO NACIONAL

SANTIAGO, 14 de Octubre de 1993.

En verdad, yo no soy autoridad para decir opiniones importantes en esta materia, primero, porque no soy economista y, segundo, porque soy parte interesada. El éxito de la política económica que ha realizado el equipo de este gobierno, encabezado por Alejandro Foxley, es un éxito de mi gobierno, me favorece, y, en consecuencia, yo no puedo sino estar muy contento con el éxito y con el libro, y encontrarlo muy bueno.

Ahora, hojeando el libro -porque no he tenido tiempo de leerlo completo- pensando en lo que hemos hecho en estos años y escuchando ahora a Enrique Iglesias, yo me inclinaba a reflexionar algo sobre una tendencia de la cual yo participé hace ya varios años, bastantes años, que es la de considerar que la economía es un estorbo para la realización de los grandes objetivos sociales; que la acción política, que persigue el bien común, que en países afligidos por la pobreza persigue grandes transformaciones sociales para que haya verdadera justicia, equidad, solidaridad, una sociedad nueva, humana, se encuentra con el obstáculo de que estos señores economistas plantean una serie de limitaciones a la acción.

Entonces hablamos de las imposiciones tecnocráticas y queremos forzar las cosas, ir más allá. Hay una especie de voluntarismo político, que traduce idealismo, necesidades, legítimas aspiraciones, pero que prescinde de las circunstancias.

Y yo aprendí en Ortega y Gasset, y la vida me lo ha confirmado, que "yo soy yo y mis circunstancias", y que no puedo hacer sólo lo que quiero, sino que la capacidad de realización de lo que quiero está limitada por lo que puedo.

Y ahí es donde viene la necesidad de la conciliación. Porque creo que frente a este voluntarismo político, dijéramos, también se ha dado en la humanidad, y en algunas experiencias de política económica a través del mundo, un voluntarismo economicista, un ideologismo económico, que tiende a encasillar todo dentro de ciertas normas que se declaran científicas, inmutables, y que renuncia a las grandes aspiraciones de cambios, de transformación, por las limitaciones que la realidad económica impondría de acuerdo con ciertos parámetros.

Yo creo que el mérito de nuestra experiencia reside en que hemos tratado de conciliar. No renunciar a las grandes aspiraciones: la aspiración a la libertad en una sociedad democrática, la aspiración al crecimiento, la aspiración a la justicia social. Pero entender que la realización de todas esas aspiraciones se condiciona recíprocamente, por esto de los equilibrios macro-económicos.

Yo, ajeno a la ciencia económica, con mucha franqueza debo decir que muchas veces me pregunté, hará 20 ó 30 años, ¿qué es más importante; que se contenga la inflación o que haya trabajo y que la gente tenga qué comer? Es más importante que haya trabajo y que la gente tenga que comer, cualquiera que sea la inflación. Ese era mi raciocinio. La experiencia de la vida -y la ayuda de buenos colaboradores-, me ha enseñado a entender que la sabia receta modesta del hogar, de que uno no debe gastar más de lo que tiene, de lo que gana, rige no sólo para la vida de una persona privada sino que también para la vida de las sociedades, y que por eso era indispensable, sin renunciar a las grandes aspiraciones, asegurar la estabilidad básica que dan esos equilibrios.

Luego, el otro voluntarismo: derrotar la pobreza sobre la base de la mera redistribución.

Esa fue una tentación histórica en nuestro país y yo diría que en todos los países en desarrollo. Pero si no hay crecimiento no sacamos nada; distribuimos la misma pobreza, y como generalmente esa distribución significa emisiones inorgánicas, significa gastar más de lo que se tiene, se agrava la tragedia con la inflación desencadenada o la hiperinflación.

Luego, es necesario entender que la pobreza no la derrotamos sin crecimiento. Pero el crecimiento no basta, pues el crecimiento puede distribuirse muy desigualmente, porque las fuerzas del mercado operan, muy a menudo, prescindiendo de todo criterio ético, son neutras en materia ética, y el manejo de las sociedades tiene un contenido moral, y la aspiración de justicia y de solidaridad y la aspiración de ir primero en ayuda de los que necesitan más, que tiene un fundamento moral, debe ser considerada en cualquiera política económica. De ahí nuestro esquema de "crecimiento con equidad".

Estoy hablando más de lo que debo sobre materias de que no soy experto. Termino, simplemente, diciendo que entiendo que este libro será muy útil para divulgar -y para que sea meditada- la experiencia que hemos vivido en estos años.

Cuando llegamos al gobierno, había mucha gente que se preguntaba, no sin angustia, ¿qué irá a pasar en este país? No ha pasado nada de lo malo que se presagiaba, y ha pasado bastante más de lo bueno que esperábamos. Y eso, en gran medida, lo debemos, entre otros factores, de manera muy importante, al acierto de la política económica que ha realizado el equipo que ha encabezado Alejandro Foxley.

Por eso aprovecho esta oportunidad para expresar mis agradecimientos a ese equipo y personalmente a Alejandro Foxley.

Muchas gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 14 de Octubre de 1993.

MLS/EMS.